

El Luchador

PERIÓDICO DE SÁTIRA, CRÍTICA, DOCTRINA Y COMBATE

Año II

Suscripción semestre: 3'50 ptas.
Número suelto: 0'15 pesetas

BARCELONA, 19 DE FEBRERO DE 1932
Administración: Calle del Guinardó, 37. - Teléfono 51780 - BARCELONA

Paquete de 20 ejempl. 2 pesetas
APARECE LOS VIERNES

N.º 59

Hablaba en otro artículo de ese movimiento de los pueblos, de ese despertar cada día más vivo de la conciencia de los campesinos.

Hoy he de dedicar mi atención a un caso concreto, de inusitada trascendencia y cuyo comentario la precipitación de tristes acontecimientos nos obligó a aplazar en exceso.

Es bien cierto que la lucha, que la rea-

El despertar de los campesinos

mana la riqueza y la alimentación de un país, se abre ante sus brazos y son ellos los que la hacen fecunda y arrancan de sus entrañas los frutos que nos sostienen.

taluña, de Extremadura, de Galicia, de Aragón, de ambas Castillas... ¡Quién no piensa en los campos yermos, entretenidos como cotos reales, como dehesas o como baldíos, mientras un centenar de parias de la gleba morían y mueren de hambre, sin trabajo y sin amparo!

¡Cuánto ha tardado en producirse ese despertar de los campesinos! Mas ahora, como un torrente desbordado, salido de madre, rompe todos los diques y va resueltamente hasta el fin, hasta el fondo de sus problemas y de sus soluciones.

Estamos frente al primero y más fundamental acto revolucionario de los campesinos españoles. Hablaba ha poco de lo acontecido en Belver de Cinca. Hoy hemos de saludar la primera incautación de la tierra por los que la trabajan, la primera expropiación colectiva del término de un pueblo, socializado y laborado por sus usufructuadores naturales. Digo usufructuadores, porque en la conciencia del campesino consciente de España está bien clara y fija la idea superior de que la tierra no ha de ser de nadie, «la tierra para todos los hombres», lema libre, justo y generoso de la sociedad del mañana.

Ha sido ahora en Navalmoral de la Mata, donde los obreros del campo, formando una colectividad de más de 400 hombres, se han incautado de todas las tierras del pueblo, expropiándolas y trabajándolas en común, a base de trabajo libre y de ayuda mutua.

El acuerdo, tomado en asamblea pública, el día 12 de enero de 1932, se puso en práctica el día 13 del mismo mes, empezando a trabajar con 180 yuntas y los aperos necesarios, la finca llamada El Espadañal.

La Guardia civil se presentó en el lugar del hecho, pero ante los 400 hombres que trabajaban y que continuaron la faena indiferentes a su presencia, se limitó a levantar acta de lo que ocurría.

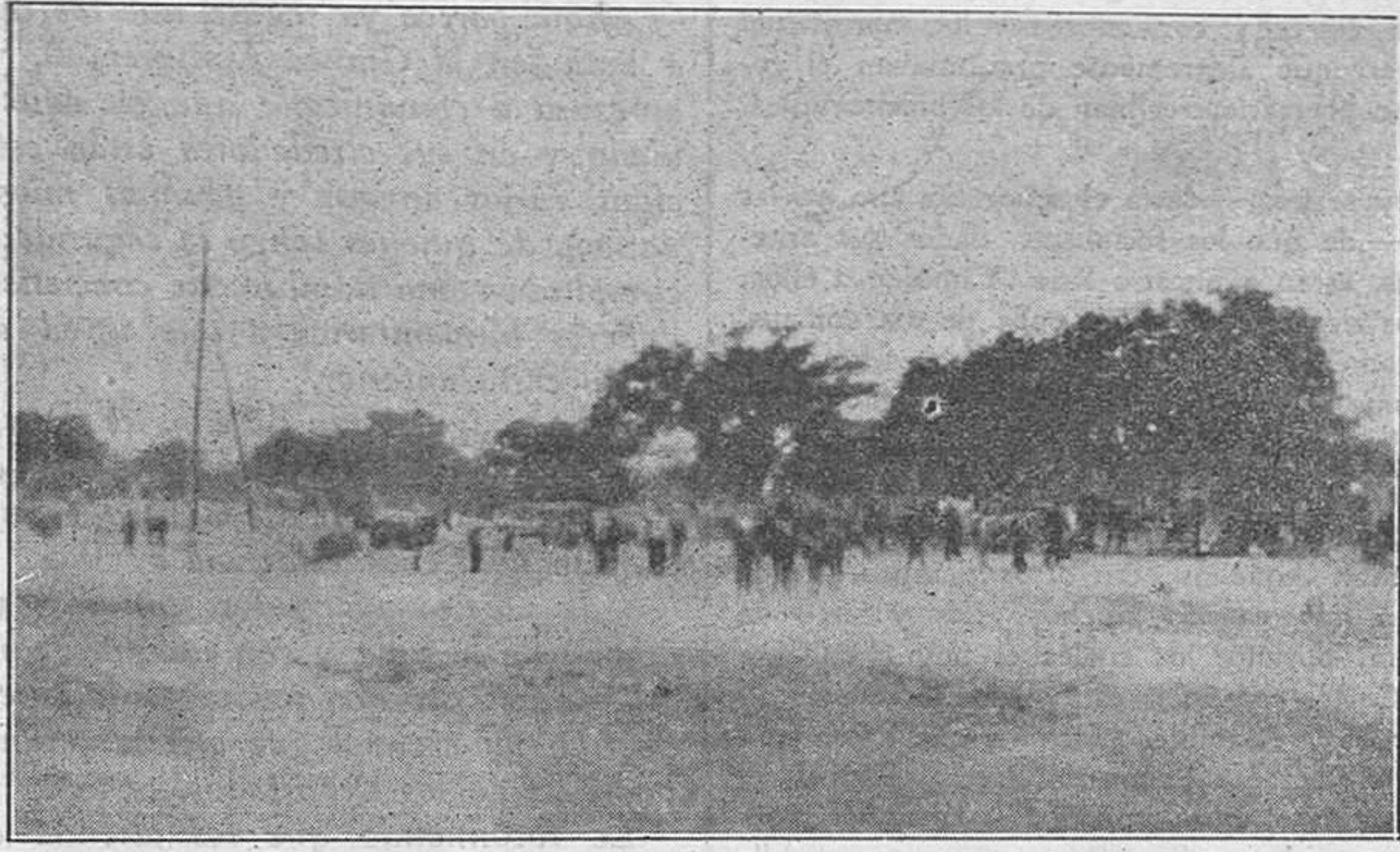
Al volver por la noche del trabajo, los nuevos productores libres fueron recibidos con gran entusiasmo y alegría por el pueblo, que ha visto, aun antes que el Alto Llobregat, la primera realización revolucionaria de España y la primera práctica de las ideas libertarias, realización y experimentación que todavía continúan y que es de desear que sean mantenidas.

No es necesario destacar la enorme importancia de este hecho. Representa el despertar pleno de los campesinos españoles y precisamente en el corazón de Extremadura, durante mucho tiempo país cerrado a toda inquietud y a todo afán de justicia social. Representa el primer paso hacia una transformación profunda de la sociedad: mientras el mundo capitalista se hunde, mientras el orden burgués va quebrando internacionalmente, en la fuente misma de la vida de los pueblos, en el agro, se va generando el nuevo mundo, or-

ganizando la nueva vida, a base del trabajo y de la libertad, a base de la utilidad de todos los seres y de la igualdad económica.

blo, hechas patrimonio de todos, vida y porvenir de todos.

Que el ejemplo cunda, que cada pueblo aborde de manera valiente y radical su problema y que sepa después defender el derecho establecido y la justicia implantada, han de procurar los campesinos españoles. Sostener la revolución cuesta más que hacerla. Conservar las conquistas de libertad es más difícil que arrancarlas a la tiranía.



La finca llamada «El Espadañal», primer terreno cultivado por los campesinos que han socializado las tierras de Navalmoral de la Mata.

lizaciones revolucionarias han desertado ahora de las ciudades y se producen en los pueblos; el campesino, vuelto en sí de un letargo de siglos, se enfrenta con sus pro-

Pero la tierra, que ha de ser de todos los hombres, ahora no es ni de los que la trabajan. Durante siglos y siglos, la iniquidad del despojo de unos por la rapiña de



Los nuevos productores libres en pleno trabajo.

blemas y, más audaz, más resuelto que su compañero el trabajador industrial, va a la consecución inmediata de sus reivindicaciones.

En el campo, en la aldea, en el campesino, reside realmente la célula de la vida; de ellos dependen el porvenir y la organización de una sociedad más equitativa que la presente. La tierra, fuente de donde

los otros, se ha ido consumando. La tierra, partida en trozos, propiedad de otros tantos feudales antiguos y modernos, niega sus frutos, no tan sólo a todos los seres creados, sino también a aquellos que con su sudor la hacen fructífera.

Ha sido ésta, durante mucho tiempo, la tragedia de España, país principalmente agrario; la tragedia de Andalucía, de Ca-



Los campesinos de Navalmoral labrando con 180 yuntas las tierras por ellos socializadas.

¡Campesinos de Navalmoral de la Mata, bravo pueblo que, sin alharacas, tranquila y serenamente, habéis implantado el orden superior del trabajo libre y de la

Todos y cada uno hemos de tener por lema el «¡Vencer o morir!» de Espartaco, y por arma la voluntad, el coraje y la tenacidad indomables.



La vuelta al hogar, después del primer día de trabajo común y libre en los terrenos socializados.

equidad social; habéis hecho una revolución trascendental y habéis sentado un ejemplo que será secundado por todos los pueblos de España: hurra por vosotros!

Los lectores de EL LUCHADOR verán la reproducción gráfica de esta epopeya popular, el hermoso espectáculo de estas tierras trabajadas por los productores, socializadas por la voluntad soberana del pue-

Estamos frente al momento más grande, de más trascendencia de la historia. Un mundo viejo e injusto, carcomido hasta sus raíces, está agonizando. Un nuevo mundo, basado en el amor, en la libertad y en la justicia, se gesta y está pronto a difundir su aurora sobre la tierra. ¡Dichosos los que, aun a costa de nuestra vida, sepamos ayudar a este parto grandioso!

¡YO ACUSO!

Es el día 10 de febrero de 1932, fecha de ludi-brio para el pueblo de Barcelona, baldón eterno para la República, que por ella ha pasado por siempre más a la historia de la iniquidad y de la tiranía.

Es el día en que ha salido del puerto de Barcelona el vapor «Buenos Aires», llevándose 108 presos con destino a la Guinea española, país del paludismo y de la mosca del sueño.

Entre estos 108 hombres, que no están procesados, ni acusados de nada, que no son más que simples detenidos, algunos cogidos al vuelo en «razzias» policíacas, llevados al «Buenos Aires» con la infame inconsciencia propia de la policía española, entre ellos hay Arturo Parera, tísico, que no volverá de la Guinea; hay Tomás Cano Ruiz, enfermo de nefritis, que tampoco volverá. Hay Bruno Lladó, compañero retirado de la lucha activa y que ha sido envuelto en la siniestra madeja de este asunto tenebroso. Hay cordadas de los vencidos de Figols, idealistas generosos caídos en las garras de estos republicanos sin entrañas, nacidos de otra insurrección vencida.

Cuando estas líneas vean la luz, al «Buenos Aires» habrán sido ya llevados otros prisioneros de la República, desde las cárceles de Valencia y Málaga. Y más allá del estrecho de Gibraltar, un barco de guerra llevará al «Buenos Aires» a los presos en el castillo de Santa Catalina.

El vapor, cargado de carne humana; el vapor, cascado y carcomido, cruzará los mares para conducir hasta Bata, Santa Isabel o Fernando Poo, lejanas tumbas, este centenar de desdichados que no cometieron más crimen que ser anarquistas y nacer en un país maldito, tierra de la inquisición y de la tiranía, con corona o con gorro frigio.

¡Adiós, Barcelona! — gritó uno de los detenidos despidiéndose de la ciudad de tantas luchas y de tantas gestas, muda, indiferente, inerte, ante el crimen que se consumaba.

¡Adiós, hermanos! — grito yo con lágrimas

en los ojos y coraje desesperado e impotente en el alma—. ¡Adiós para siempre, que muchos no volveréis de esa tumba abierta, de ese cementerio que tiene por límites el mar, el desierto y la selva virgen!

¡Adiós para siempre, los que no regresaréis nunca! ¡Los que volváis, tarde o temprano, qué terrible, qué espantosa cuenta habréis de cobraros!

¡Ah, de cobrar cuentas hablo!

Hay una rabia, un furor en mí que no puedo, NO PUEDO ahogarlos. Necesito arrojar mi rabia, mi furor, a la faz de los que han perpetrado el crimen y a la faz de los otros, de los más miserables, de los mil veces viles que lo han hecho posible, que lo han azuzado, que han dirigido las garras del gobierno, que han ayudado a hacer la selección... ¡Ah, no puedo ni quiero callar! Hace demasiado tiempo que callamos; es demasiado grande, demasiado enorme la injusticia, el crimen, la infamia consumados, para que no hable, para que no aulle mi desesperación y no formule mi acusación directa, no grite lo que tengo en el alma, lo que está en el alma de muchos.

He titulado este artículo «¡Yo acuso!». ¡Yo acuso, sí! Yo acuso a los culpables de esta iniquidad, que costará la vida a muchos hombres, que ha sumido en el dolor a muchas familias, que ha deshecho muchos hogares.

Y voy a acusar, no sólo al Gobierno de una República que desde hoy queda puesta fuera de todo derecho civil y de toda ley humana; puesta fuera de todo respeto y beligerancia, coloca-

da al lado de las más negras dictaduras; no sólo a los hombres de ella, aprovechadores de una revolución hecha con el sacrificio y la sangre de otros, de los que murieron por la cobardía del Comité revolucionario de Madrid, por la traición de los socialistas, por la pusilanimidad del bravo que ha ordenado estas deportaciones — ¡ah, no olvidamos nada, señor Casares Quiroga, emisario del flamante Comité, hoy Ministerio por obra y gracia de la vida y de la muerte de los dos hombres que entonces abandonasteis: Galán y García Hernández! —. Voy a acusar, sí. Voy a acusar sin más armas que mi pecho puesto frente al enemigo, que mi indignación y la nobleza de mi alma.

Y YO ACUSO: En primer lugar, a los treinta firmantes del Manifiesto famoso, que dejó al descubierto a un sector irresponsable de la C. N. T., que los señaló como perturbadores y como indeseables a los gobernantes. ¡De los moderados no hay ni uno en la cárcel; y si alguno, como pasó en Sabadell, fué detenido, confundiendo a los «razzias» policíacas, a las veinticuatro horas se le puso en libertad!

En segundo lugar, a los que, en conversaciones particulares con Menéndez, con Aiguadé, con Companys, con Lluhi y Vallescá y con Maciá, les ilustraron debidamente sobre el pasado, el carácter, la actividad, la influencia y la actuación nefasta de algunos de los que ahora van con rumbo a Bata. Actuación nefasta, porque, manteniendo latente el espíritu revolucionario de la masa, sosteniendo enhiestas las ideas libertarias, colocando a la Confederación en su sitio, esto es, frente a una democracia burguesa incapaz para resolver ninguno de los problemas

y de las necesidades económicas y morales del pueblo español, cerraban a esa taifa de ambiciosos sin escrúpulos, fugitivos del taller, mantenidos por la esposa o por la madre, aunque sea regentando casas de prostitución, el camino del parlamento o del enclufismo.

En tercer lugar, a los que, metidos en secretarías y en puntos estratégicos de la Confederación, jugando con dos cartas, valiéndose de la ceguera y de la cobardía de todos, consiguieron, durante un año seguido, reventar cuantos intentos de continuación revolucionaria se iniciaban en España. Acuso a los que traicionaron la huelga de Sevilla, dejando abandonados a los obreros andaluces; a los que negociaron con el Gobierno, vendiendo a los de la calle de Mercaderes; a los que, mientras gritaban en todos los tonos que si salía vencida de las elecciones la Izquierda Republicana de Cataluña y luego si no era aprobado el Estatuto — que servirá para que nos apaleen y nos ametralen en catalán — se declararía una huelga general revolucionaria, se opusieron a que esta huelga se declarase cuando se asesinaba al pueblo en Aragón, en Andalucía, en Extremadura, en Valencia, en Asturias, en Bilbao, en San Sebastián, en la propia Barcelona.

Acuso a los que, en estos últimos días, cuando en la montaña catalana había diez pueblos sobre las armas y por la revolución social; cuando en casi toda España se esperaba una sola indicación para lanzarse a un movimiento de conjunto; cuando la C. N. T. veía ante sí una posibilidad de realizar su ideario, traicionaron una vez más el movimiento.

¡Ah! señor Menéndez y señor Moles y se-

ñor Maciá: ¿podrían ustedes decirnos qué enchufe, qué sinecura, qué ventajoso empleo le han prometido ustedes a Emilio Mira, secretario del Comité Regional de la Confederación del Trabajo de Cataluña, por su admirable labor de apagafuegos desde su secretaría, por sus malabarismos tendientes a retrasar todo acuerdo con vistas a prestar solidaridad a los rebeldes en el Alto Llobregat; por su actitud contraria a todo paro solidario y por cuanto hizo para conseguir que el acuerdo de huelga, tomado en principio y puesto en práctica el sábado en Barcelona, no se extendiese a toda Cataluña?

¡Esto bien vale por lo menos un sueldo mensual de quinientas pesetas, como cobra otro flamante ex líder, ya enchufado en la Generalidad!

¿Podrían ustedes decirnos, señor Menéndez, señor Moles y señor Maciá, qué Diputación, Ministerio o Gobierno civil le han prometido ustedes a Angel Pestaña, secretario del Comité Nacional de la Confederación del Trabajo, por haber saboteado hábilmente el acuerdo de paro; por no haber cursado a tiempo oportuno la orden; por no haber lanzado el manifiesto a que se comprometió; por conseguir, en una palabra, ganar tiempo, antes de tomar ningún acuerdo frente al levantamiento del Alto Llobregat; después, perderlo de forma que la huelga de solidaridad fuese tardía e imposible, que los de Figols ya estuviesen vencidos y que en Barcelona y el resto de España, la gente, desorientada, indecisa, se reintegrara al trabajo? ¡Oh, esto bien vale más de mil pesetas mensuales, pues es una faena superior! ¡El señor Azafía ha puesto de moda los términos taurinos!

¡YO ACUSO, sí! Acuso a los que, actuando de delatores directos o indirectos; actuando de saboteadores de todos los acuerdos; actuando



RECREA, EMOCIONA, CONSUELA.

TRABAJADORES ESPAÑOLES: Ante la hora presente se necesita solidaridad, firmeza y valor

¡Deportaciones, no!

El Luchador

¡Deportaciones, no!



EDUCA, INSTRUYE, CAPACITA

Cronología social Las hazañas de don Pancho

20 febrero de 1846. Narciso Monturiol, autor del submarino Ictíneo, en unión de Rovira, Pagés y Montaldo, funda en Barcelona un periódico comunista titulado El Padre de familia...

transportaba las ideas republicano-federales de una parte a otra de Cataluña y hasta de España sin que las autoridades se dieran cuenta de ello...

Don Pancho no es reumático, y como no es reumático, don Pancho puede gozar la gloria de recorrer, junto con su escudero, Joselito, unas veces a pie y otras andando, la Andalucía de sus amores y de sus penas...

¿Cómo un truco? — Sí, hombre; un golpe de astucia. La miseria va por dentro. La peseta necesita ser empujada...

En su presencia no se dé golpes de pecho, que es hombre de bien, aunque librepensador. — ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?



Riña entre la Iglesia y la República por la cuestión del laicismo.

— ¿Peones en ideales, serán? — Maestros en ideales son; pero obreros sin trampa ni cartón. Más fogosos y abnegados no los hay en la Tierra de Fuego...

Por el delito de pensar

Acaban de radiarlo — me dice un amigo —. El «Buenos Aires» ha partido con 108 camaradas. No hay palabras para expresar la indignación por este hecho consumado que por sí solo habría de llenar de oprobio al régimen de más cimentado prestigio moral...

zación a la que ellos dieron alma y vida, ¿qué hace? ¿qué hará? ¿Los dejará abandonados a su suerte, los venderá también por los treinta dineros de una vida sindical vergonzante, amparada y tolerada al precio de todas las bajezas y cobardías? ¿Y habrá alguien que tenga aún el impudor de repetir con fonofonía que a los ilusos ya se sabe que les toca la de perder?...

— ¿Pero tú crees, Joselito, en esa paparrucha? — ¿En qué paparrucha? — En esa paparrucha del cambio de régimen. Aquí no ha cambiado más que mi situación...



El señor Presidente a dieta.

— Eres, Joselito, más malo que arrancado. — ¿Es o no es un cuadro? — De miseria, no, niño. — De los que más abundan hoy. ¡Repáre usted!

rán que nadamos en la abundancia y adquiriremos nuestra divisa. — ¡Cuidado que eres malicioso, Joselito!



Los obreros de la U. G. T.

de pecho. Lo he notado; al doblar de cada esquina hace usted así... — ¡Perillán, en todo te fijas!

tigo un paletó. ¡Estos no son obreros ni lo serán nunca! — Van disfrazados para despistar. Están reunidos; sin duda conspiran. De sus acuerdos mañana tocará las consecuencias el mundo entero...

Los hombres que ahora gobiernan España, acaban de cometer una de sus muchas torpezas, que no pone al descubierto condiciones nobles, caso de que los gobernantes las puedan abrigar. Ellos no saben qué hacer para dar valor a la peseta y para sostenerse en el Gobierno...